

Santiago Santa Cruz Mendoza

Insurgentes
Guatemala, la paz arrancada



Ediciones Era



Índice

Agradecimientos, 11

Prólogo, 13

1. Inherencias: los Santa Cruz/Mendoza, 17
2. San Juan de Dios, Frente 2, 33
3. Nudos de sangre y lucha: Patricia Eugenia y Carlota Ileana, 41
4. De números a nombres, del 2 y 5 al Javier Tambriz: Rodolfo Enrique, 53
5. Juntos pero no revueltos, 81
6. Sapos, culebras y alacranes, 95
7. Fuego cruzado, 105
8. Títulos sin diplomas, 135
9. La otra cara: enseñanzas fundamentales, 147
10. Rebotes trágicos, 159
11. Balamjuyu, 183
12. Testigos volcánicos, 199
13. Frente Unitario, 207
14. Castigos, 241
15. Renuncia, 259
16. Intentos, 277
17. Retorno, 285
18. De nuevo comandante. La Democracia, 295
19. La dialéctica de los secretos, 315
20. El fin del principio, 335

Glosario, 353

Bibliografía, 355

Prólogo

Escribir este libro ha sido de un importante beneficio personal. A través de él realicé una catarsis largamente postergada que ahora me permite manejar mejor mis fantasmas personales y políticos. Esta historia no es únicamente la mía. Aunque mi relato es individual y sólo tiene la fuerza de mi memoria y de lo que año tras año atesoré para documentarla, también busca mostrar realidades vividas por muchos militantes. Al mismo tiempo, pretende transmitir y compartir los hechos tal como los sentí y experimenté en mis tiempos de montaña y sus espacios colindantes. No pretendo abarcarlo todo, señalarlo todo, ni mucho menos, juzgarlo todo.

Como guerrillero, acepté primero las condiciones de la participación política clandestina y luego las responsabilidades de conducción. Combatí creyendo en ideas e ideales, disciplinándome como el compromiso lo demandaba, al tiempo que conviví con otros intereses, pasiones y personalismos que me completaron una visión terrenal de los protagonistas, yo incluido.

La lucha revolucionaria guatemalteca ha sido y sigue siendo compleja; con muchas aristas y facetas. Las infinitas razones y justificaciones que respaldan esfuerzos y construcciones orgánicas, a la vez que desencuentros, fraccionamientos y sectarismos, dan lugar a que pueda decirse mucho de ella.

La historia de mi país ha sido mirada y recorrida –no podía ser de otra manera– tras el prisma de los antagonismos y la división entre culturas; entre pudientes y desposeídos; entre ladinos y mayas, entre merecedores y sancionados. La reseña de los años de guerra, que aquí enfoco, es la narración, a través de mi vida, de una experiencia colectiva que aceptó esas diferencias, las canalizó, las trasladó, las recompuso y las convirtió en una acción integradora y soñadora.

Al hacer un recuento de esos años, quisiera revelar el abis-

mo entre la pureza de la intención y la crudeza de los acontecimientos. A mi intuición inicial se fue agregando, con el paso de los años y los combates, la visión de un comportamiento humano que así como podía llegar a ser generoso y puro, también se mezclaba con el maquiavelismo propio de las ambiciones desmedidas y del ejercicio del poder. Aprendí que sin importar cuál sea el origen de los conflictos y los preceptos ideológicos que los sustentan, nada garantiza que en la consecución de sus objetivos no aparezcan las maldades, las mezquindades, los oportunismos y las traiciones.

De manera casi general, el periodo del enfrentamiento ha sido transcrito por el resultado desgarrador de las miles y miles de víctimas de la intervención represiva del ejército, pero poco se ha precisado sobre la acción guerrillera, su organización, su estrategia y táctica, métodos y resultados, incidencia y errores; sus decisiones políticas, su unidad real o ficticia. Las divisiones y su reconversión en actor de un proceso de posguerra todavía requieren mayor análisis.

Busco identificar a ese puñado de mujeres y hombres, urbanos, rurales, indígenas, ladinos e internacionalistas, quienes se atrevieron a buscar un modelo de convivencia y dignidad nacional diferente, estimulados por una mayor valoración de sí mismos y por el intento de construir posibilidades incluyentes, aún postergadas, en Guatemala. Todos ellos acompañaron, con sus vidas y con sus muertes, la construcción de una alternativa.

Desde el punto de vista del guerrillero, soy un convencido de que, de no haber estudiado y practicado el arte y la ciencia militar de la guerra de guerrillas, habría sido incapaz de creer lo que este tipo de lucha puede lograr. Su característica principal es la inferioridad numérica, lo que la hace nacer y existir con marcadas desventajas. Convertir esa debilidad material en fortaleza espiritual produce milagros.

Reitero que lo que pretendo con este relato es compartir mis puntos de vista. Si éstos contribuyen a construir y unificar, a conocer, reconocer y aceptar errores propios, a polemizar y resurgir, y, en ese ejercicio, salir fortalecidos, habré cumplido mi cometido.

Tengo la esperanza de que para comprender con mayor amplitud y profundidad lo sucedido, deberán surgir otros aportes.

Tenemos la obligación, al haber quedado vivos, de conservar nuestra memoria, reflexionar sobre lo acontecido, tener una visión convergente y abrir el debate sin restricciones. Pero me temo que la realidad actual dista mucho de esta pretensión. Poderlo concretar sigue siendo aún una quimera.

Estoy consciente de que mi historia tiene como límite las fronteras de Guatemala. De forma paralela, la lucha se completaba en otros escenarios dentro y fuera del país. A éstos fui ajeno. Estos hechos están ausentes de mi narración, no los viví ni conocí como sujeto. Otros compañeros deberán completar el cuadro y contribuir a precisar el pasado, paso fundamental para reconciliarnos con el presente, si queremos abrazar el futuro.

Comandante Santiago
Managua, marzo de 2003

1. Inherencias: los Santa Cruz/Mendoza

Corría el 26 de septiembre de 1980 y me encaminaba hacia el volcán Atitlán para dar inicio a mi experiencia como médico combatiente. El plan inicial, después de mi incorporación, era subir a la montaña un par de meses. Luego recibiría un curso de preparación militar en Cuba, para posteriormente integrar un frente guerrillero, sin saber hasta cuándo.

La certeza que invadía en aquel entonces los círculos militantes indicaba que mi permanencia no debía ser muy prolongada. A mí me hablaron de meses, pero los años me demostraron lo contrario.

La euforia y efervescencia revolucionarias que se vivían en la región, y particularmente en el país, hacían que se escucharan con frecuencia las expresiones de que “el triunfo estaba cerca” y lo que haríamos “después del triunfo”. Por desgracia, el tiempo se encargó de desmentirlas.

Guatemala anidaba una lucha guerrillera desde hacía veinte años y yo no había querido darme cuenta. Mucho menos considerar una participación militante.

Lejos estaba de imaginarme el significado de la plática que tuve con mi hermana Paty el 11 de septiembre de 1980, en nuestra casa de la 7ª Avenida A 7-15, zona 2, frente al Hospital Latinoamericano, donde disfrutaba de mis primeras vacaciones laborales.

La Chinita me dio la infaltable charla sobre la situación del país, la imposibilidad de hacer una lucha política legal, abierta, y la necesidad de llevarla a cabo por la vía armada. No vacilé y le dije que estaba dispuesto a participar. En lenguaje conspirativo, diríamos que fue ella la que me “abordó e incorporó”. La más distante, de la que nunca sospeché nada, fue quien me introdujo a otro mundo, a la época de los jóvenes ausentes que hicieron uso de oportunidades en el extranjero, como cober-

tura pertinente para su preparación bélica. Ella misma había ganado una “beca de estudios” con la que supuestamente se dirigió a Panamá ese mismo año, cuando en realidad estuvo en un campamento de entrenamiento en Cuba.

Una iniciativa así podía esperarla de mi hermano Rudy, de quien muchas veces imaginé que estaba participando, pero sin atreverme a preguntarle, a pesar de lo extraño que resultaba que siendo estudiante de ingeniería, me pidiera equipo de curación y primeros auxilios. En 1979, él también “se ganó una beca” para España. Luego me contó que su verdadero destino también fue Cuba, para recibir un curso de guerrilla urbana. En aquel tiempo no se contaba con la Nicaragua revolucionaria del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), ni el Panamá del general Omar Torrijos para aproximarse al Caribe.

Quienes iban a entrenarse tenían que cubrir un largo itinerario, que contemplaba el viejo continente. Llegaban primero a un país de Europa occidental, para pasar a otro de la Europa oriental, donde las autoridades migratorias sabían que no debían sellar los pasaportes. Eso requería increíbles redes de contactos orgánicos, recursos económicos y grandes muestras de solidaridad. Rudy, “Camilo”, lo hizo por España y Checoslovaquia.

Yo también tuve que cumplir con este requisito desinformador, por lo que me vi obligado a articular, con extraordinaria rapidez, una cobertura coherente y creíble, que respaldara mi ausencia de Guatemala en menos de quince días.

Recordé que en mi práctica clínica de cuarto año, al rotar por el servicio de emergencia de la Cruz Roja Guatemalteca, conocí a un médico argentino, excepcional maestro de semiología, quien me ayudó a desarrollar de forma considerable mis habilidades diagnósticas. Nuestra relación rebasó lo profesional y llegamos a cultivar una linda amistad. Nunca hablamos de política, pero en cierta forma llegué a entender que se había visto forzado a salir de su país en momentos en los que se entronizaron las dictaduras militares en el cono sur.

En 1979, el doctor Eduardo Urtazún regresó a Argentina, y me propuso que fuera a estudiar neurología allá, ya que él te-